

los que en el coche estaban se rieron también á costa del que no creía más que lo que entendía, y no entendía porque el dedo se mueve cuando uno quiere y no se mueve la oreja por más que lo quiera un libre-pensador.

Relato curioso.

El 15 de Febrero de 1886 llegó á Nápoles, de paso para Roma, el Cardenal Lavigerie, quien tomó en la estación un coche abierto, mientras su criado sacaba el equipaje; pero á pesar de no llevar ninguna insignia cardenalicia y de ir con hábitos negros, su venerable figura, con la luenga barba blanca, llamó la atención de los muchachos y desocupados que allí había, los cuales no tardaron en rodear el coche. El Cardenal, con la bondad que le caracterizaba, empezó á hablar familiarmente con ellos, cuando uno de los circunstantes exclamó: « Es el Cardenal de África, no me cabe duda; lo conocí nez.»

—Pues bien, sí, hijos míos, yo soy el Cardenal Lavigerie, Arzobispo de Cartago.

—¡Viva el gran Cardenal!—exclamaron todos.

—¿ Pero qué hará en Cartago ese venerable señor?—añadió uno.

—Tenéis razón—repuso el Cardenal en italiano:—os lo voy á explicar. Hay en la Iglesia Cardenales de diferentes categorías; los más perfectos, los de primera clase, los que valen más que los otros, á esos los hace el Papa Arzobispos de Nápoles.

—*È vero, è vero!*—gritaron todos, y el nombre de Sanfelice Cardenal Arzobispo de Nápoles, corrió de boca en boca para hacer de él los mayores elogios.

—Pues bien,—prosiguió el Primado de África;—después de los excelentes, como el que vosotros tenéis, vienen los buenos, que son los muchachos, y á esos los detiene el Papa en Roma, para ser sus consejeros y ayudarle á gobernar la Iglesia. Y por último hay algunos que valen menos, y á esos los envía el Papa al África para que se corrijan.

—*Il povero, il poverette!* dicen muchos de los circunstantes, y le preguntan cuánto tiempo hace que está castigado, y cuánto le falta para terminar su castigo.—«Buenas ha debido hacerlas», dice uno horrorizado. Otros admiran su resignación, y varios le ruegan les cuente algo de aquel lejano país. El Cardenal, accediendo bondadoso, electriza á la muchedumbre con sus relatos, hasta que la llegada del criado con el equipaje pone fin á aquella extraña y admirable escena

